

sensiblemente. Después de cincuenta años de vicisitudes y, sobre todo, después de la grave crisis de la Guerra y de la post-Guerra, hemos dejado de considerarla como la única forma útil de gobierno. Los alemanes, que fueron los últimos en introducir el sistema en su país, parecen estar ya a punto de renunciarla. Esto se debe, talvez, a que prefieren el orden a la libertad. Por otra parte, ¿no fue en Alemania donde nacieron los tres grandes maestros de la dictadura: Marx, el padre del comunismo; Nietzsche, el padre del fascismo; y Hegel, el santo patrono de los dos? Sin embargo, Alemania parece incapaz de producir un dictador efectivo, una personalidad de primera categoría. En ella, como en los Estados Unidos, los verdaderos talentos se absorben en la industria y en la técnica.

No obstante, hay en Alemania jefes de gran mérito entre los demócratas; jefes que no pertenecen a la nobleza, que ha gobernado y vuelve hoy a gobernar en primer término. Tampoco salen del campo de los socialistas, que han disfrutado del poder durante varios años sin ningún resultado. Pertenecen a esa burguesía que desde hace tres siglos ha dado al pueblo alemán sus hombres de mayor fuerza.

Entre los países nuevos, Checoslovaquia parece el más afortunado con sus gobernantes. Con sus 82 años encima, realiza Masaryk el tipo del jefe excepcional. Si se hubiesen establecido los Estados Unidos de Europa, no se habría encontrado mejor presidente que Masaryk. Y es un gran idealista demócrata.